

Reflejos

Sin embargo,
prestemos libros

No hace muchos días ví, con motivo de celebrarse una feria del libro, un consejo con el cual no estoy del todo conforme. Decía así, poco más o menos: «No prestéis libros; os exponéis a perderlos.»

Yo creo que una tal advertencia, aunque resulte a veces acertada, no es en general recomendable. Hay verdades que por bondad, o para conseguir un bien mayor, no deben divulgarse. Esta es una de ellas.

Ya sabemos que se han perdido muchos libros prestándolos. Pero de no haberlo hecho, ¿no se habrían perdido acaso también muchas posibilidades de conocimientos, de goces íntimos, de oportunidades, sin la lectura de tales libros por los receptores de las préstamos? Indudablemente. Porque cuando dejamos un libro lo hacemos siempre con la buena intención de que la persona que lo recibe disfrute de los mismos beneficios que nosotros obtuvimos al leerlo. Por lo tanto, aún suponiendo que el tal libro no nos sea devuelto — que no siempre ocurre así, aunque la fama lo pregone — no todo se ha perdido en el generoso gesto por nosotros realizado.

Puede ocurrir que perdamos una pieza preciosa de nuestro pequeño caudal bibliográfico, pero, en todo caso, el beneficio espiritual que habremos reportado a otro o a otros es un tanto a nuestro favor que nadie podrá arrebatarnos.

Además, si todos nos pusiéramos de acuerdo en practi-

Áncora

CUENTO

La niña mimada

Felisa es una joven de muchos encantos. Graciosa, fina, elegante en sumo grado. Todos los que la conocen quedan prendados de ella. Y, como ocurre con las personas que sobresalen por uno u otro motivo, despierta entre las mujeres de su edad no pocas envidias y resabios de malicia. En parte, provocados por ella misma con sus vuelos de reina y sus trazas de vanidosilla.

La cosa viene de lejos. De chiquita, siendo hija única de por sí agradecida, fué tan querida y agasajada por su madre que adquirió con los años ese complejo de superioridad que caracteriza a todas las niñas mimadas y que tanto desfavorece sus buenas cualidades.

No obstante, como decíamos, eran tantos sus dones naturales y su original buen talante, que mantuvo, por encima de sus defectillos adquiridos, un grado de simpatía bastante acusado para emerger de entre las niñas de su edad.

Así llegó a la adolescencia y a la juventud.

Y acurrió lo que suele ocurrir en esta época de la vida; tanto más si la joven posee los atractivos de nuestra Felisa. Un

car el consejo de referencia, ¡de cuantas satisfacciones íntimas no nos privaríamos nosotros mismos al no permitir que no nos prestan libros que tal vez de otra manera no tendríamos oportunidad de leer!

Elijamos, eso sí, las personas a quienes queramos hacer partícipes de nuestras queridas lecturas. Sepamos bien a quienes prestamos un libro. Pero prestemos libros. No nos atemorice el riesgo de perderlos. ¡Quién sabe si la pérdida de un libro para nosotros no representará un providencial hallazgo para aquél o aquellos, a quienes haya ido a parar!

opuesto galán, culto y apasionado, se enamoró cuerdamente de ella. Y digo cuerdamente porqué el profundo afecto que sentía por su amada no le afuscó la mente hasta el extremo de no notar aquellos pequeños defectos que poseía.

Trabó, sin embargo, estrechos lazos amorosos con ella, pensando que con el tiempo y su influencia podría corregirlos y hacer de Felisa la mujer ideal por él soñada.

Pero no ocurrió así. Halagada por la íntima convicción de su belleza, Felisa sosteniase invulnerable en la fortaleza de su vanidad, sin la menor claudicación a las constantes admoniciones de su amado.

Al fin las relaciones entre ambos jóvenes pusiéronse tirantes, debido a que se interpuso la madre de ella apoyada por otros parientes cercanos, más atentos a las cualidades externas de Felisa que no a las morales, que eran a las que el galán confería más valor y de las que deseaba verla adornada.

Se enconó la lucha entre ambos bandos y Felisa encóntrose entre los elogios a ultranza de unos y las reconvenciones y consejos del otro sin que supiera al fin que partido tomar, ya que por un lado le unían afectos familiares y por otro el apego de un cariño cuya sinceridad no podía poner en duda.

Y así están aún las cosas en torno a Felisa.

Mucho me temo, sin embargo, que el galán tenga que ceder terreno en esta liza. ¡Puede tanto la vanidad en el corazón humano!

Si quieres saber, lector, dónde reside esta bella niña mimada, te diré, en secreto, que en un sonriente lugar de la Costa Brava. A ver si la conoces.

SAN FELIU
DE GUIXOLS
6 OCTUB. 1955